

se prolongó, y se levantó mas alta y fuerte, y distinguimos un canto de muchas voces en coro; canto monótono, melancólico y tierno, que subía, bajaba, acababa y renacia alternativamente, y se respondía á sí mismo: era la oracion de la noche que cantaba el obispo con su grey en el recinto derrumbado de lo que fué su iglesia, montones de ruinas debidos á una tribu de árabes idólatras. No estábamos preparados para esta música del alma en que cada nota es un sentimiento ó un suspiro del corazon humano, en esta soledad, en el fondo de los desiertos, que salía de entre las piedras silenciosas, amontonadas por los terremotos, por los bárbaros y por el tiempo. Nos sobrecogió el canto, y lo acompañamos con el pensamiento, con la oracion y con los acentos interiores de una poesía santa, hasta que aquellas letanías monótonas acabaron, y los últimos suspiros de aquellas voces piadosas se fueron perdiendo en el silencio acostumbrado de aquellos escombros antiguos.



CAPÍTULO XV.

ANTIOQUÍA.

ESTA magnífica ciudad, capital de Siria, fué fundada por Seleuco Nicanor en las orillas del Orontes. Según Ammiano Marcelino, en su tiempo Antioquía era célebre en todo el mundo, y á ningun otro lugar cedía ni en la fertilidad de terreno, ni en la riqueza del comercio. Estaba situada, parte en una llanura, parte hácia la falda de una alta montaña; pero una grande estension de la ciudad antigua está convertida en jardines. La elevacion de los montes que circundan á esta ilustre poblacion y que ántes estaban dentro de su recinto, prueba su grandeza pasada y su considerable influjo en las guerras que han devastado

aquellos lugares. Tiberio edificó allí un puerto, como lo prueban las medallas. Tito y Vespasiano concedieron á Antioquía grandes privilegios que perdió en tiempo de Severo. Su estension era como de legua y media. Allí nacieron muchos hombres ilustres, entre los cuales sobresale el elocuente y piadoso San Juan Crisóstomo.

En tiempos antiguos habitaban esta ciudad muchos judíos, los que tenian sus privilegios, á causa de las pruebas que habian dado en la guerra de su fidelidad y valor. Seleuco Nicanor les concedió el derecho de ciudadanía que tenian los macedonios y los griegos, en todas las ciudades que edificó en el Asia, en Cele Siria y aun en Antioquía, que era la capital, de cuyo derecho gozaban aun en tiempo de Josefo; pues á pesar de las reclamaciones de los alejandrinos y antioquenos, no pudieron estos conseguir de Vespasiano que privara á los judíos de aquel derecho, y demas privilegios. Cuando Tito volvia del Eufrates á Antioquía, lo convidaron el senado y los magistrados para que asistiera al teatro, donde se habia reunido el pueblo: no se negó el general á asistir; y cuando ya estuvo allí, le rogaron ardientemente que echara de la ciudad á los judíos; pero el prudente príncipe les contestó: que no sabia adonde mandar á esta gente, porque el lugar adonde pudiera enviarlos estaba arruinado, y así no podia recibirla. Viéndose desairados los habitantes, le suplicaron que á lo ménos mandara borrar los privilegios de esta nacion que estaban grabados en tablas

de cobre; pero tampoco accedió Tito á esta segunda solicitud, dejando las cosas en Antioquía en el estado en que las encontró con respecto á los judíos.

La religion cristiana empezaba apenas á nacer, y no bien sus primeros apologistas habian pronunciado algunas palabras del Evangelio, cuando ya la caridad ejercia su benigna influencia; el amor á sus semejantes, una tierna compasion, para los que sufren, daban lugar á las mas sublimes virtudes que triunfaban de la ciega incredulidad y la arrancaban gritos de admiracion. Los nuevos creyentes no se llamaban ya hebreos, griegos, etc., no se distinguian por su nacion, sino que se llamaban hermanos, hijos de una comun madre. Este es un cambio notable que ha influido sobremanera en la historia moderna; es un rasgo que caracteriza por sí solo al cristianismo.

San Pablo y San Bernabé fueron á predicar el Evangelio á Antioquía, y ciertamente que no en vano, pues fué iglesia célebre y numerosa, y en ella se celebraron dos concilios.

Cerca de Antioquía es donde vivió el ilustre Macedonio en una soledad completa. Habiéndole preguntado un cazador lo que hacia solo en aquellas cumbres, respondió: „Lo mismo que vos; con la diferencia que vos correis tras los animales, y yo corro hácia Dios; es una caza que no me cansará jamas.”

Célebre es tambien la ciudad de Antioquía por haber permanecido en ella mucho tiempo San Gerónimo, ese hombre de una imaginacion viva, de un genio ardien-

te y elevado, de una erudicion vasta y profunda, y de una virtud sólida y sublime. Tambien hizo su papel en tiempo de las cruzadas, y su gobierno, así como el de sus alrededores, fué reputado importantísimo. Ninguna ciudad cuenta mayor número de mártires, de santos y de doctores; ninguna ha visto como ella obrarse tantos prodigios por la fé: por mucho tiempo la miraron los cristianos como á la hija predilecta de Sion, y llevó el nombre de Teópolis, que significa ciudad de Dios. Tan célebre en los anales del imperio romano como en los de la Iglesia, mereció de algunos emperadores el nombre de *reina de Oriente*. Su situacion, en medio de una risueña y fértil campiña, atrajo en todos tiempos á los estrangeros.

Pero esta espléndida ciudad á fuerza de tomas y asaltos, y aun mas por los frecuentes y recios terremotos, ha quedado desmantelada y arruinada, hasta el extremo de ser hoy una aldea que hasta el nombre ha perdido. Así es como el tiempo, los hombres y los fuegos subterráneos han asolado los monumentos grandes y suntuosos que levantó el orgullo de los monarcas. Pero aun se conservan muchas estatuas de granito en pié, ó caidas en tierra, largas séries de pórticos bien conservados de un bello trabajo y de la altura de treinta piés; este vasto recinto solitario, cercado por todas partes de grandes murallas, representa al natural á un inmenso sepulcro vacío, y este es el sepulcro de Antioquia, y casi todo lo que encerraba está hecho polvo. Recorriendo los parapetos de todo el rededor, he contado cincuenta

y dos torres en un estado muy regular: en otro tiempo habia ciento y treinta: pero los demas edificios han desaparecido. De las muchísimas iglesias, segun los historiadores, las mas hermosas del mundo, no tienen hoy los cristianos de Antioquia una sola en que celebrar los santos misterios, y tienen que ir á una gruta lejana que fué en otro tiempo una tumba. Las cuatro ciudades que formaban otros dias aquella capital llamada por eso Tetrópolis, no son mas que ceniza fria; y como si esta ceniza hubiera fecundado el suelo, en lugar de aquellas poblaciones se ven grandes y magníficos jardines. Sin embargo, su obispo conserva todavía el título de patriarca, y goza de grande autoridad en la iglesia de Oriente. En el año de 1822 fué devastada la poblacion por un espantoso terremoto, y diez años despues pudieron ver los turcos desde lo alto de las murallas á su ejército completamente derrotado por los egipcios mandados por Ibrahim Bajá.

Pero otra batalla mas célebre se dió delante de ella en la memorable época de las cruzadas; todas las cercanías estaban llenas de batallones musulmanes: los sarracenos habian dividido su ejército en quince cuerpos formados por escalones. En medio de todos ellos se veia, como una montaña inaccesible, el del príncipe de Mossoul que mandaba en gefe. Este creyó al principio que los cristianos iban á implorar su clemencia; pero pronto se enarboló una bandera negra en la ciudadela de Antioquia, lo que denotaba que los cruzados estaban resueltos á vencer ó morir. Desde entón-

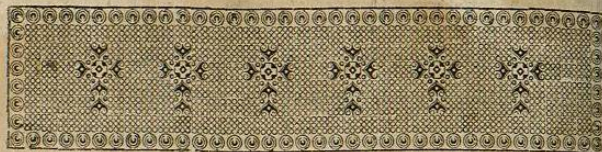
ces pensó seriamente el sarraceno en combatir á los cristianos, mas estos tenian por auxiliares al hambre, á la desesperacion y á esa fé viva á la cual acompañan alguna vez los prodigios. Despues de haber atravesado el Orontes, todo el ejército cristiano se habia alineado en batalla en la vasta llanura que se estiende entre el rio y las montañas situadas al occidente, obedeciendo al ilustre Tancredo. Dióse principio al combate; y en el momento mismo arreado el general sarraceno hizo proponer á los príncipes cristianos que eligiesen determinado número de sus caballeros para combatir contra otros tantos musulmanes. Pero los cruzados desecharon esta proposicion, porque un dia ántes la habian desechado á su vez los sarracenos, y porque no les convenia fiar á la suerte lo que el ardor de los soldados hacia tener por seguro. Jamas el orden ni la disciplina habian secundado tanto al valor y al entusiasmo: todos exclamaban á la vez: „Dichoso aquel que muera, mucho mas que aquel que sobreviva.”

La vanguardia de los cristianos cayó como un rayo contra los batallones sarracenos, los arrolló completamente, y empezaba ya á ponerlos en precipitada fuga. Pero he aquí que entretanto, fieles los emires de Damasco y de Alepo á las instrucciones que habian recibido, acometieron con quince mil caballos el cuerpo de reserva de Bohemundo que permanecia en las márgenes del Orontes; los cruzados empezaban ya á desbandarse, cuando Godofredo, Tancredo y otros gefes, sabedores de este imprevisto ataque, volaron á su socor-

ro, cargaron impetuosamente á los sarracenos, y les hicieron abandonar en derrota el campo de batalla. Por último recurso los sarracenos pegaron fuego á la paja que tenian aglomerada, y á todo cuanto encontraron en la llanura. Las llamas y el humo cubrian á los batallones cristianos, pero nada pudo contener su ardor, y aquellos campos fueron testigos de la mas afrentosa derrota que hayan sufrido los musulmanes. Segun relacion de muchos historiadores contemporáneos, dejaron los infieles cien mil hombres en el campo de batalla, siendo así que solo perecieron cuatro mil cruzados. El botin fué inmenso, añade Michaud, y muchísimos cruzados atribuyeron la victoria á la invencion de la santa lanza, cuya simple vista llenaba de terror á los sarracenos.

La moderna Antioquia llamada Antaki apénas cuenta cuatro mil habitantes, entre turcos, cristianos ect. Todo su comercio se reduce á vender babuchas y cueros, para lo que tienen cuatro ó cinco curtidurías.





CAPÍTULO XVI.

SIDON.

Dos ciudades vamos á recorrer ahora, á orillas del mediterráneo, ciudades cuyos alrededores ha pisado el hijo de María, de las cuales ha hablado muchas veces, y donde se ha manifestado su poder; ciudades enriquecidas con el comercio marítimo, y que algunas veces han sido confundidas porque estaban muy cerca una de otra, y porque tenían las mismas costumbres y la misma industria. Ambas á dos, víctimas de la venganza celestial, anuncian hoy día con sus ruinas que nada resiste á la voluntad del cielo.

Sidon, ha tomado el nombre de su fundador, y la llama la Biblia, grande y poderosa. En tiempo de

Moises era capital de la Fenicia, situada á la estrechidad oriental de la tierra prometida. Es sabido que los fenicios fueron los primeros y mas famosos marinos. Cartago, la rival de Roma, debió su origen á una colonia de fenicios. Salmanazar se hizo dueño de Sidon; Nabucodonosor le hizo guerra como á los tirios; y despues Ciro, fundador de los persas, la tomó de los egipcios que se habian apoderado de ella. Este célebre conquistador permitió á los habitantes de Sidon tener sus reyes particulares. Acar, uno de los oficiales de los reyes de Persia, motivó la sublevacion general de la Fenicia, lo que fué causa de la ruina de Sidon; pero obtuvo despues el derecho de restablecerse. Alejandro el Grande la conquistó, y habiendo quitado el mando á Estraton, quien lo habia recibido de Darío, lo confió á Abdolomino, simple jardinero, pero que descendia de ilustre familia, y por cuyas venas corría sangre real. Alejandro le hizo venir á su presencia, y le dijo despues de haberle mirado atentamente: „Vuestro continente no desmiente lo que de vos se dice; pero quisiera saber ¿cómo habeis podido soportar la miseria? Quiera el cielo, respondió el jardinero, que tenga tanto valor para llevar el cetro; mis manos han bastado para todas mis necesidades: mientras nada he tenido, nada me ha faltado.”

En la era cristiana ha sido tomada y perdida varias veces. En 1250 se apoderó de ella San Luis. Los sidonios daban culto á Vénus, bajo el nombre de As-tarte. Fueron empleados en la construccion del templo

de Salomon, y en la del mismo tabernáculo. Si bien que ménos célebre que Tiro, se conserva sin embargo mejor; está fundada sobre una eminencia que se prolonga hasta dentro del mar por la parte del norte, á la estremidad de una risueña campiña, rodeada de las montañas del Líbano; pero las ruinas de la antigua Sidon se estienden desde el puerto hasta una montaña, distante una legua de la ciudad nueva. Llámase hoy día Sayd, situada en territorio fértil cerca de una isla donde se ha construido un fuerte, que comunica con la ciudad y con la tierra firme por medio de un magnífico puente. Los franceses tienen en ella un cónsul, y los turcos catorce mezquitas. Viven en ella católicos griegos con su obispo, cristianos maronitas del Líbano y griegos armenios. La casa de la Cananea, donde los cristianos habian levantado una iglesia, estaba delante de la puerta oriental de la antigua Sidon: hoy día está transformada en mezquita. Creese que San Pedro fué allá á predicar la fé, y por lo mismo poco despues fué muy bien recibido en ella San Pablo. Los cristianos tienen una iglesia á una legua corta de la ciudad, dedicada al profeta Elías, y no consiste mas que en una torrecilla con un pequeño altar, sin otra bóveda que la del cielo. Algunos pretenden que Jesucristo descansó en este sitio cuando se retiró á la tierra de Sidon. Entre los árboles cultivados en los jardines, que existen cerca de Sidon, y que se estienden hasta larga distancia, se ve la higuera de Adan, que dá excelente fruto, y que se llama así porque se cree que sus anchas ho-

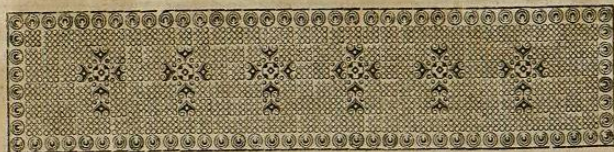
jas sirvieron para cubrir la desnudez de nuestros primeros padres despues de su desobediencia.

En el Nuevo Testamento un hecho milagroso señala el tránsito de Jesucristo cerca de la ciudad de Sidon. Tal es la tierna historia de la Cananea que pidió la cura de su hija, poseida del espíritu maligno. La cananea consiguió lo que deseaba. Despues de pasar por Sidon para Galilea fué cuando Jesus tuvo compasion de la muchedumbre reunida en torno suyo hacia tres dias, para escucharle, y donde la alimentó con solo siete panes de cebada y algunos peces.

Sidon fué ocupada por San Luis, quien hizo reparar sus fortificaciones. En esta ciudad fué donde permaneció muchos meses, y donde supo la muerte de la reina Blanca, que tantas veces le habia instado que volviese á Francia para recibir sus últimos abrazos. Por el camino de esa ciudad fué donde el piadoso monarca se sintió conmovido de dolor viendo la tierra cubierta de desnudos y sangrientos cadáveres. Eran los tristes restos de los cristianos inmolados por los turcomanos en Panéas. Caian sus miembros á pedazos, y nadie pensaba en darles sepultura. Detiénese Luis, invita al legado á que bendiga un campo para cementerio, y en seguida manda enterrar á los muertos que cubrian los caminos; en lugar de obedecer, todos vuelven los ojos y retroceden llenos de espanto. Entónces se apea San Luis, y cogiendo uno de los cadáveres que exhalaba el mas pestilencial hedor, dice: „Vamos, amigos míos, demos un poco de tierra á los mártires de Jesucristo.”

El ejemplo del rey reanima el valor y la caridad de las personas de su comitiva; todos se apresuran á imitarle, y de esta suerte recibieron el honor de la sepultura aquellos cristianos que habian sido degollados bárbaramente por los musulmanes. Así es como todos los recuerdos de esta tierra son grandes en la historia, sublimes en la religion, y están marcados con prodigios.

Un viagero moderno despues de describir el estado miserable de esa grande ciudad, cuyo puerto apenas tiene dos piés de agua de profundidad, adonde solo llegan algunos barquillos árabes, ciudad de silencio, de la que solo quedan unas cuantas columnas tiradas en el suelo, añade: „ya he pintado en pocas palabras á Sidon tal como la han puesto los hombres y los años, hoy ciudad árabe, sin brillo ni importancia; ya no es aquella Sidon que derramaba la ciencia por el mundo, que recorria como soberana todos los mares, que recibia en sus palacios de mármol los tesoros de Persia y de Armenia, de Arabia, de Africa y de Egipto; que tegia estofas y tapices brillantes para las diosas, para las mugeres y las hijas de los reyes de Oriente: ahora es solo Seyd una pobre muger árabe, que ya no tiene palacios de mármol, ni navios sobre sus mares, y que para vivir está reducida á vender á sus hermanas, pobres como ella, naranjas, limones y toronjas.



CAPÍTULO XVII.

TIRO.

PASEMOS á la ciudad de Tiro, célebre en las Escrituras, y tambien en los anales de las cruzadas.

Muy conocido es el poder de Tiro, situada á orillas del mediterráneo: Cartago, Utica y Cadiz, colonias fundadas por ella, son sus monumentos mas célebres. Estendia su navegacion hasta el océano, al Norte mas allá de las islas británicas, y al Sur mas allá de las Canarias. No fueron menos considerables sus relaciones con el Oriente, aunque no tan conocidas. Las ciudades de Farán y otras sobre el mar Rojo, arruinadas ya en tiempo de los griegos, prueban que los tirios frecuentaron por mucho tiempo la Arabia y el mar de la